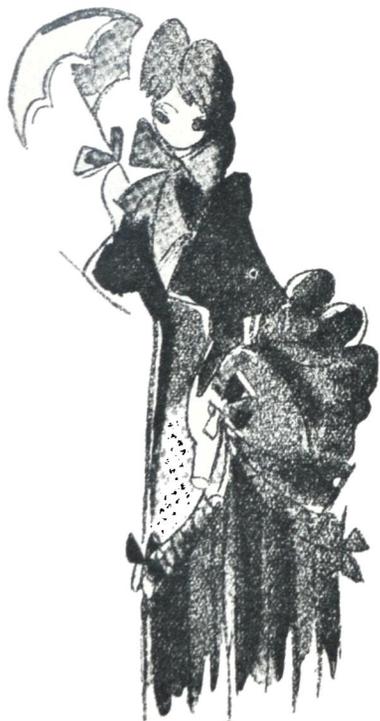


artística, no sólo es viaje trasladarse de un punto geográfico en la estremecida concavidad de las naves o en el ruidoso trepidar de los ferrocarriles. También lo es el emprender la marcha hacia el mundo de sus sueños y ponerse en camino hacia la penosa realización de las concepciones brotadas como estrellas en el profundo firmamento de la meditación silenciosa, lo es acaso la vida toda, por ser peregrinaje constante en persecución del ideal, vuelo siempre tendido hacia la infinita renovación de los horizontes, agitación de alas interiores que vencen todas las distancias, atraviesan todos los mares y superan las más altas cumbres de la realidad exterior.

Barradas ha vinculado su nombre a un movimiento artístico de vastas proyecciones. Vivió en España el fervor de los renovadores europeos que en todos los campos del arte —en la poesía, en la pintura, en la escultura, en la música, en el teatro— desplegaban banderas revolucionarias abriendo nuevas vías para el asalto a la inmortalidad, nuevos caminos para la verdad estética que como ya lo había dicho el filósofo Kant no debe confundirse con la verdad lógica. Los poetas ultraístas lo consideraron de los suyos, porque si no hace versos, hace poesía con el pincel, poesía del color y la línea, no para el viejo concepto de lo poético, sino con un sentido moderno de esa verdad estética que requiere para su percepción íntima una nueva sensibilidad. En el campo de la pintura levantó, pues, con mano firme y triunfadora su estandarte de guerra. Y habrá muchos que discrepen de sus principios estéticos y no sientan la obra. Yo no soy a pronunciarme, en estos instantes en que no tengo el derecho de reclamar por más tiempo vuestra atención, sobre sus orientaciones pictóricas lo que no ofrecerá interés para nadie, tratándose de problema que estoy muy lejos de abordar; quiero eso sí, que al incorporarse a ese movimiento de jóvenes supo hacer honor a su juventud; supo interpretar el destino de su generación y le cabe por tanto la satisfacción de haber contribuido a enriquecer con resplandores de audacia conquistadora y fecunda, la historia del arte, comprendiendo que los tiempos exigían renovar profundamente la vida de la humanidad en todas sus formas y manifestaciones, sacarla de los viejos cañales para lanzarla al mar abierto de las sensaciones reguladas, no por el rígido cartabón de los convencionalismos imperantes sino por el libre juego del cosmos, de la naturaleza, y de la fantasía, que es al fin y al cabo el más completo de los productos naturales y la más poderosa y genuina de las fuerzas humanas. La fantasía por ella los hombres llegan a igualarse a los ángeles, por ella adquieren el poder de crear mundos enteros de la nada; ella les confiere el don de la ubicuidad porque les permite trasladarse de un extremo a otro del planeta, de la tierra a los astros llegar a todas partes sin moverse. Acaso la misma realidad no sea otra cosa que un producto de la fantasía de la naturaleza, a veces en admirable consorcio y a veces en irreductible divorcio con la fantasía del hom-

bre. Y es por eso —y Barradas parece haberlo comprendido así— que la mejor manera de dar alas vigorosas a la fantasía humana es nutrirla con todos los jugos de la tierra, de la naturaleza, de la verdad y de la vida siempre cambiante, sorprendiente y maravillosa en el proceso de la renovación universal.

Fragmento de un discurso pronunciado en el homenaje hecho a Barradas, el año 1929, a su vuelta al Uruguay).



Dibujos hechos para la creación de un "ballet" titulado "Juerga", de Tomás Borrás.